

2 de Octubre de 1928: conmemoración de una fecha jubilar

Carmelo de Diego-Lora

1. Recuerdo de una doble conmemoración

En el acto de Apertura del Curso 1977-78, de la Universidad de Navarra, su Rector Magnífico, Excmo. Sr. D. Francisco Ponz, recordaba que en aquel Año Académico se cumplían los primeros veinticinco años de la Universidad; que se celebraban, por tanto, las Bodas de Plata. Y añadía: «Veinticinco años son mucho y muy poco. Mucho, porque en este tiempo la Universidad ha nacido, ha arraigado con fuerza, ha adquirido un desarrollo muy notable y ha consolidado su espíritu, su estilo, su modo de hacer; gracias a Dios, lo realizado ha sido bueno y abundante, y es causa de general admiración. También son muy poco, porque la Universidad, después de esos años, no ha hecho todavía sino comenzar.»¹

En esos veinticinco años, la Universidad de Navarra ha vivido consciente de la responsabilidad que le incumbe «y —en palabras del Rector—, con delicado respeto a la libertad de las conciencias, con la consideración que merecen las diversas maneras de pensar, y siempre con afecto sincero a las personas, siente un imperioso impulso interior de enseñar la verdad, en cuanto ésta es conocida, y de defender todo legítimo pluralismo en el vastísimo campo de las cuestiones opinables.

«De aquí procede que la Universidad conceda gran importancia al cultivo y la docencia de las Ciencias Sagradas, guardando plena fidelidad a las enseñanzas de la Iglesia Católica, y que cuide también

1. FRANCISCO PONZ, *Discurso, Apertura de Curso, 1977-78, Universidad de Navarra, Pamplona*, Pamplona 1977, p. 73.

con esmero que las verdades que se derivan de un recto concepto del hombre y de la vida proyecten su luz a las diversas Ciencias humanas.»²

En ese contexto, científico y docente a la vez, desarrolla su vida, con diversas manifestaciones de actividad, la Facultad de Derecho Canónico, el Instituto Martín de Azpilcueta y la Revista «Ius Canonicum», canal público tantas veces al servicio de la transmisión de los resultados de la investigación canónica llevada a cabo por sus docentes y miembros del Instituto. Los que solemos colaborar en esta Revista, nos consideramos deudores de la Universidad de Navarra, cuyo amplio y fértil campo ha permitido el cultivo y desarrollo favorable de la ciencia canónica; pero esta actitud se convierte, al mismo tiempo, en un profundo sentimiento de gratitud, dirigido al hombre cuyo poderoso espíritu inició y alentó esta tarea universitaria. Son también palabras del Rector de la Universidad: «La iniciación de esta arriesgada y magnánima aventura de servicio, hace ahora veinticinco años, sólo se puede entender por la excepcional fe sobrenatural y humana del Fundador del Opus Dei y de esta Universidad, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, por su desbordante y apasionado amor a la Iglesia y a todas las almas, por su generosidad sin límites.»³

Desde la perspectiva trascendente, que es rasgo fundamental del pensamiento de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, la ciencia no aparece como fría especulación aislada de los problemas de la vida de los hombres, ni como mero quehacer humano, sin relación con lo divino. La inteligencia humana, destello de la inteligencia divina, es un don de Dios, que contribuye a encontrarle y a resolver los problemas humanos:

«Soy sacerdote de Jesucristo y contemplo con alegría los avances grandiosos de la sabiduría humana. El Señor otorgó al hombre, como prueba de su amor de predilección, el privilegio de ese chispazo de la inteligencia divina que es el entendimiento. Y es una maravilla comprobar cómo Dios ayuda a la inteligencia humana en esas investigaciones que necesariamente tienen que llevar a Dios, porque contribuyen —si son verdaderamente científicas— a acercarnos al Creador.

«Las ciencias humanas, desarrolladas con principios y métodos propios, avaloradas con el contraste de la Revelación sobrenatural,

2. *Ibidem*, pp. 81-82.

3. *Ibidem*, p. 75.

contribuyen a resolver de modo adecuado los problemas humanos, espirituales y temporales, de todo tiempo y lugar.

«La Universidad no vive de espaldas a ninguna incertidumbre, a ninguna inquietud, a ninguna necesidad de los hombres. No es misión suya ofrecer soluciones inmediatas. Pero, al estudiar con profundidad científica los problemas, remueve también los corazones, espolea la pasividad, despierta fuerzas que dormitan, y forma ciudadanos dispuestos a construir una sociedad más justa. Contribuye así con su labor universal a quitar barreras que dificultan el entendimiento mutuo de los hombres, a aligerar el miedo ante un futuro incierto, a promover —con el amor a la verdad, a la justicia y a la libertad— la paz verdadera y la concordia de los espíritus y de las naciones.»⁴

Mas, en esta Universidad, conforme a la dimensión sobrenatural del hombre, habían de estar presentes, junto a las ciencias humanas, las ciencias sagradas, la enseñanza de la Religión. «Un hombre que carezca de formación religiosa no está completamente formado. Por eso la religión debe estar presente en la Universidad; y ha de enseñarse a un nivel superior, científico, de buena teología. Una Universidad de la que la religión está ausente, es una Universidad incompleta: porque ignora una dimensión fundamental de la persona humana, que no excluye —sino que exige— las demás dimensiones.»⁵ Una Universidad que, en el pensamiento de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, ha de estar «abierta a todos y, por otra parte, debe formar a sus estudiantes para que su futuro trabajo profesional esté al servicio de todos»⁶; una Universidad que sirva para preparar al hombre a que pueda acometer todas las grandes tareas de la sociedad y encontrar las adecuadas y justas soluciones, lo que significa que ha de ser un lugar de entendimiento y respeto mutuos, no de enfrentamiento y polémicas irreductibles, sino de recíproca comprensión y de objetiva y reposada meditación de esos problemas. Decía: «es la casa común, lugar de estudio y de amistad; lugar donde deben *convivir en paz* personas de las diversas tendencias que, en cada momento, sean expresiones del legítimo pluralismo que en la sociedad existe.»⁷

4. MONS. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Discurso pronunciado el 7.X.1972. Cfr. Universidad de Navarra, *Discursos pronunciados en el Acto Académico de investidura de Grado de Doctor «Honoris Causa» de los Profesores Paul Ourliac (Toulouse), Juan de Contreras y López de Ayala (Madrid) y Enrich Letterer (Tübingen)*, Pamplona 1972, pp. 27-28.

5. *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Madrid 1970, n. 73.

6. *Ibidem*, n. 74.

7. *Ibidem*, n. 76. Lo subrayado es del Autor.

No pudo Mons. Escrivá de Balaguer, por especial providencia de Dios, estar presente, entre nosotros, profesores y alumnos, en esa fecha conmemorativa de las Bodas de Plata de la Universidad de Navarra. Fallecido en Roma el 26 de junio de 1975 en olor de santidad, la Universidad le rindió homenaje en un solemne Acto público, celebrado en su memoria, el 12 de junio de 1976. En el Aula Magna de la Universidad, el Gran Canciller, Excmo. y Revmo. Dr. D. Alvaro del Portillo y Díez de Sollano, hizo una síntesis de la vida, del trabajo y de la heroica entrega a Dios de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. El Rector Magnífico, Excmo. Sr. D. Francisco Ponz Piedrafita, resaltó las enseñanzas del Fundador y primer Presidente General del Opus Dei sobre la educación. El Vicerrector, Prof. D. Gonzalo Herranz, rememoró palabras y escritos de Mons. Escrivá de Balaguer relacionados con el dolor y la salud, con la vida y la muerte de los hombres⁸. *Ius Canonicum* quiso también dejar constancia en sus páginas, a través de una colaboración de su entonces Director Prof. Lombardía⁹, de su emocionado agradecimiento.

2. Una nueva fecha para la historia del pueblo cristiano.

«Martes, 2 de Octubre de 1928. Un sacerdote de 26 años hace unos días de retiro espiritual, en la casa que los Paúles tienen en la calle García de Paredes. En ese día ve finalmente el Opus Dei, lo que Dios quiere de él.»¹⁰ Mons. Escrivá de Balaguer, en ese día, en Madrid, «después de once años de esperar ardientemente la manifestación concreta del querer de Dios —repito: años de estudio, de oración y de mucho sufrimiento—, (...) vio con claridad lo que Nues-

8. En la Colección Cultural *Temas NT* se recogieron estos discursos. Vid. ALVARO DEL PORTILLO, FRANCISCO PONZ, GONZALO HERRANZ, *En memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, Pamplona 1976.

9. PEDRO LOMBARDÍA, *Acerca del sentido de dos noticias*, «*Ius Canonicum*», XV, n. 30 (julio-diciembre, 1975), pp. 13-38. Junto a la noticia del fallecimiento de Mons. Escrivá de Balaguer, se refería a la designación, por elección unánime, del Excmo. y Revmo. Dr. Alvaro del Portillo como Presidente General del Opus Dei, cargo que lleva anejo el de Gran Canciller de la Universidad de Navarra, de quien destacaba su fisonomía intelectual, en la que se unía, al ingeniero e historiador, su condición de canonista junto a su sólida formación teológica, así como su actitud de ininterrumpida compañía y ayuda al Fundador del Opus Dei, a la vez que desempeñó una tarea de servicios constantes a la Santa Sede, de cuya magnitud —dice— «resulta imposible hacerse cargo totalmente».

10. RAFAEL GÓMEZ PÉREZ, *Opus Dei 1928-1978: Un camino que sigue*, Revista «Nuestro Tiempo», n.º 293 (noviembre 1978), p. 23.

tro Señor le pedía. Era el día 2 de Octubre, festividad de los Santos Angeles Custodios. En aquella mañana vino al mundo el Opus Dei»¹¹.

Al celebrar, en este año de 1978, las Bodas de Oro del Opus Dei, al igual que antes se dijo en relación con los 25 años de la Universidad, que eran muchos y eran pocos a la vez, con mayor razón ha de decirse lo mismo de los cincuenta años transcurridos desde la fundación de la Obra. Como ha señalado Mons. Onclín, «será preciso, quizá, una mayor perspectiva histórica para medir la huella profunda que ha dejado el Fundador del Opus Dei». Sin embargo añade que la Obra «ha sobrepasado todos los cálculos humanos de 'éxito' en sentido sociológico, hasta el punto de convertirse en un instrumento de apostolado excepcional en el seno mismo de la sociedad, en todas las clases y profesiones, en todos los continentes del mundo»¹². Y Mons. Pohlschneider, Obispo de Aquisgrán, comentaba: «El Opus Dei es un fenómeno asombroso de nuestro tiempo (...). A menudo tuve la oportunidad de ver de cerca su vida y sus actividades, no solamente en Alemania, sino también en otros países, especialmente en España, Italia, en Kenia y Nigeria de Africa, etc. En todos estos lugares vi su admirable, prudente y desprendido esfuerzo para edificar el Reino de Dios, su amor a la Iglesia y su vida de oración llena de piedad. Muchas veces me parecía sentir que en todos los lugares el espíritu del Fundador estaba presente. Estoy totalmente convencido que Mons. Escrivá ha sido el instrumento elegido por Dios. Y el Opus Dei es una Obra verdaderamente providencial que decididamente ha de influir a conducir a la Iglesia en un tiempo de grandes desorientaciones hasta orillas nuevas, a un futuro mejor.»¹³

a) *Expansión y universalidad de la labor apostólica de la Obra.*

Un historiador, el Prof. Suárez Fernández, contemplando esa admirable expansión apostólica en tan reducido espacio de tiempo, pone el acento en la singularidad del fenómeno:

«Los historiadores sabemos muy bien que medio siglo en la vida de una asociación de carácter exclusivamente espiritual es todavía

11. ALVARO DEL PORTILLO, *En memoria...*, ob. y ed. ctds., p. 31.

12. W. ONCLIN, *Un gran fundador desaparecido: La contribución de Monseñor Escrivá de Balaguer a la Iglesia*, artículo publicado en «La Libre Belgique», 2.VII.1975.

13. MONS. JOHANNES POHLSCHNEIDER, *Monseñor Escrivá de Balaguer y Albás. Mis impresiones de su personalidad y su Obra*, artículo publicado en el «Deutsche Tagespost», 11/12.VII.1975.

poco tiempo para evaluar su influjo en la historia de la Iglesia y de la humanidad. En el caso del Opus Dei llama, sin embargo, la atención, que haya arraigado en personas de los cinco continentes, con más de setenta mil socios de ochenta países —y millones de personas— que se esfuerzan por llevar a la práctica la doctrina encarnada y enseñada por el Fundador de la Obra.

«Son personas de todas las condiciones sociales, hombres y mujeres, casados o solteros, seglares o sacerdotes, jóvenes o viejos, que se esfuerzan por encontrar a Dios en la vida corriente y en el trabajo ordinario. Queda ya lejos la idea de que la santidad es algo para privilegiados, para unos pocos que consiguen apartarse de la vida civil. En estos cincuenta años de historia del Opus Dei, el mundo entero ha recibido el mensaje espiritual de que *el Señor ha abierto los caminos divinos de la tierra.*»¹⁴

Durante los primeros años el Opus Dei se afianza y crece con la oración, la penitencia intensísima y el apostolado personal de su Fundador, que va reuniendo a su alrededor personas que desean secundar el afán de almas que le mueve. ¿Cómo se fundó la Obra?, le preguntaba un periodista norteamericano. Y responde: «Sin ningún medio humano. Sólo tenía yo veintiséis años, gracia de Dios y buen humor. La Obra nació pequeña: no era más que el afán de un joven sacerdote, que se esforzaba en hacer lo que Dios le pedía.»¹⁵

El 14 de Febrero de 1930 fundaba Mons. Escrivá de Balaguer la Sección femenina del Opus Dei. Consta pues la Obra de dos Secciones: una de varones y otra de mujeres.

Aunque la gran mayoría de los socios del Opus Dei son laicos —personas casadas y célibes, que proceden de todos los ambientes sociales y ejercen cualquier profesión honesta—, hay también sacerdotes: un gran número de sacerdotes seculares, a los que la Obra ayuda a tender a la santidad propia de su estado y de su trabajo ordinario, es decir, en su ministerio sacerdotal al servicio de su propio Obispo y de la diócesis a la que pertenezcan; y un número, proporcionalmente muy reducido, de sacerdotes seculares, que han ejercido antes de serlo una profesión civil y recibieron la ordenación después de pertenecer al Opus Dei.

14. LUIS SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Las grandes encrucijadas de la historia*, Revista «Nuestro Tiempo», n.º 293 (noviembre 1978), pp. 33-34. Las palabras subrayadas del texto pertenecen a Mons. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amigos de Dios*, Madrid 1977, n. 314.

15. *Conversaciones...*, ob. y ed. ctds., n. 32. Entre la numerosa bibliografía, cfr. ANDREW BYRNE, voz *Opus Dei*, Gran Enciclopedia Rialp, vol. XVII (Madrid 1973), pp. 347-351.

Precisamente el Cardenal Pignedoli ha llamado la atención sobre un hecho tan singular, «quizá único en la historia de la Iglesia, de que Mons. Escrivá de Balaguer, no sólo ha sido un pionero de la santidad laical y un precursor, en muchos aspectos, de la doctrina del Concilio Vaticano II, sino que en sus 47 años de dirección del Opus Dei ha formado cuidadosamente y llamado al sacerdocio ministerial a casi un millar de profesionales (abogados, médicos, ingenieros, periodistas, etc.) que hoy ejercen plenamente su ministerio en muchas diócesis, con ejemplar fidelidad al Magisterio Eclesiástico»¹⁶.

Mas volvamos a los comienzos del Opus Dei, siguiendo el relato de Salvador Bernal, quien hace notar que la Obra se difunde por donde pasa la acción apostólica del joven sacerdote. Se dirige primero a los estudiantes de la Universidad y a las barriadas obreras de Madrid, pero también a otros ambientes y ciudades: «Mons. Escrivá de Balaguer empezó por recomendar continuamente a los chicos que iba formando que estudiasen idiomas, *para extender esta Obra nuestra a otros países...*

«Ya en los primeros meses de 1935, el Fundador iba preparando las cosas para trabajar en Francia, concretamente en París. Pero estalló la Guerra civil española y luego la segunda guerra mundial, y hubo que aplazar esa expansión.

«Sin embargo, incluso en medio de los avatares de la persecución religiosa en Madrid después del 18 de Julio de 1936, Don Josemaría, con su ilimitada confianza en Dios, escondido en diversos lugares, no cejaba en el empeño, y hacía que los que le rodeaban siguieran estudiando otras lenguas.»¹⁷

En 1940 inicia la actividad apostólica en Portugal; y en muy pocos años envía a socios de la Obra para comenzar la labor en Inglaterra, Francia, Italia, Estados Unidos, México, Irlanda, Chile, etc. En 1946 se traslada a Roma y, a partir de ese momento, dirigirá desde Roma el Opus Dei. A partir de 1949 y 1950 continúa la expansión geográfica: Alemania, Holanda, Argentina, Canadá, Venezuela y los demás países europeos y americanos, además de Kenya, Japón, Filipinas, Nigeria, Australia, etc.

«El Opus Dei —decía su Fundador— se encuentra tan a gusto en Inglaterra como en Kenya, en Nigeria como en Japón; en los Estados

16. SERGIO CARD. PIGNEDOLI, artículo publicado en «Il Veltro», Revista della Civiltà italiana (1975), n. 3.

17. SALVADOR BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei* (Madrid 1976), p. 183.

Unidos como en Austria, en Irlanda como en México o Argentina; en cada sitio es un fenómeno teológico y pastoral enraizado en las almas del país. No está anclado en una cultura determinada, ni en una concreta época de la historia. En el mundo anglosajón, el Opus Dei tiene, gracias a la ayuda de Dios y a la cooperación de muchas personas, obras apostólicas de diversos tipos: Netherhall House, en Londres, que presta especial atención a universitarios afroasiáticos; Hudson Center, en Montreal, para la formación humana e intelectual de chicas jóvenes; Nairana Cultural Center, que se dirige a los estudiantes de Sydney... En Estados Unidos, donde el Opus Dei comenzó a trabajar en 1949, se pueden mencionar: Midtown, para obreros en un barrio del corazón de Chicago; Stonecrest Community Center, en Washington, destinado a la educación de mujeres que carecen de capacitación profesional; Trimount House, residencia universitaria en Boston, etcétera. Una última advertencia: la influencia de la Obra, en la medida en que la haya en cada caso, será siempre espiritual, de orden religioso, nunca temporal.»¹⁸

«El Opus Dei es un fenómeno apostólico que difunde el eco de la llamada de Cristo por todas las encrucijadas de la tierra. Y lo hace de un modo exigente, sin aguar lo más mínimo el mensaje de Jesucristo por ansias mal entendidas de sintonizar con los tiempos. Aquí está la gran valentía de Mons. Escrivá, que puso sobre el tapete, a las claras, sin escamotear nada, todas las exigencias de la vocación cristiana que ha de vivir quien quiera llamarse discípulo de Cristo.»¹⁹

Por estos motivos, los socios del Opus Dei han promovido, en tantos países, innumerables labores de apostolado: desde universidades a escuelas de formación profesional para obreros y campesinos, clínicas y centros asistenciales, escuelas de economía doméstica y de formación para la mujer, etc., desarrollando siempre esas actividades con fines exclusivamente apostólicos. A pesar de todas esas tareas colectivas de promoción, sin embargo, hay que destacar lo siguiente: «En todos los sitios, la Obra realiza lo que constituye su tarea principal: formar bien a sus socios en la doctrina católica y proporcionarles la necesaria atención espiritual y sacramental: para que cada uno, individualmente, ejercite su labor apostólica de cristiano en su propio ambiente familiar, profesional y social.»²⁰

18. *Conversaciones...*, ob. y ed. ctds., n. 42.

19. ALVARO DEL PORTILLO, *Entrevista* publicada en el diario español de Barcelona «La Vanguardia», 1.X.1978.

20. *Ibidem*.

b) *El modo de vivir la fiesta jubilar de las Bodas de Oro.*

Al celebrar el Opus Dei sus Bodas de Oro, sus cincuenta años transcurridos desde aquel 2 de Octubre de 1928, no han querido sus socios manifestar el júbilo y agradecimiento a Dios con actos de externa solemnidad. Han preferido seguir fielmente el ejemplo que en vida le ofreció el Fundador de la Obra. Cuando Mons. Escrivá de Balaguer cumplía el cincuenta aniversario de su ordenación sacerdotal, el 28 de Marzo de 1975, pocos meses antes de morir —recuerda el actual Presidente General del Opus Dei—, «nos pedía a sus hijos: 'No quiero que se prepare ninguna solemnidad, porque deseo pasar este jubileo de acuerdo con la norma ordinaria de mi conducta de siempre: ocultarme y desaparecer es lo mío, que sólo Jesús se luzca.'»²¹ Su «inmensa capacidad sacerdotal de darse —'no puedo negarme'—, iba siempre acompañada del empeño por *ocultarse y desaparecer*, por evitar cuidadosamente cualquiera de las múltiples formas que —incluso en el apostolado— pueden revestir las sutiles tentaciones de la afirmación personal. En 1934 escribió: '¿Brillar como una estrella..., ansia de altura y de lumbre encendida en el cielo? Mejor: quemar, como una antorcha, escondido, pegando fuego a todo lo que tocas. Este es tu apostolado: para eso estás en la tierra.'»²²

«Por una singular providencia —advierte el Card. Pignedoli—, el pasado 28 de Marzo coincidía con el Viernes Santo, día en el que Jesucristo consumó su sacrificio sobre el Calvario. Feliz coincidencia, que hacía resaltar el sentido del sacerdocio, sacramento querido por Cristo para aplicar los frutos de la Redención.»²³

Como su Fundador vivió la fiesta jubilar de los cincuenta años de su ordenación sacerdotal, en la fecha cumbre de la Pasión y Muerte del Redentor, también el Opus Dei en la fecha jubilar de sus Bodas de Oro, el 2 de Octubre de 1978, la ha vivido en medio del dolor, y esta vez de toda la Iglesia de Jesucristo por hallarse la Sede Apostólica vacante: en la orfandad terrena de todo el pueblo cristiano, apenado y sorprendido por la muerte repentina de un Papa —Juan Pablo I— que tanto gozo y tantas esperanzas había traído a los creyentes.

Por estas circunstancias, esas bodas de oro las vivieron todos sus socios pegados a la Virgen, Madre Dolorosa que, junto a la Cruz de

21. ALVARO DEL PORTILLO, *Mons. Escrivá de Balaguer, testigo del amor a la Iglesia*, «Cuadernos MC», (Madrid 1976), p. 15.

22. *Ibidem*, pp. 14-15. Las palabras subrayadas lo están en el original.

23. SERGIO CARD. PIGNEDOLI, art. cit.

su Hijo —*iuxta Crucem Jesu*—, ofrece el camino seguro —*iter para tutum!*— para los que la invocan con confianza. En aquellos días, como es notorio, los medios de comunicación social difundieron unas palabras —«Dios sabe más»— del Presidente General de la Obra que, a la vez que eran manifestación del dolor que le produjo la muerte del Pontífice, expresaban una ilimitada confianza en la Providencia amorosa de Dios. Esas palabras sirvieron de luz cierta para muchas almas y produjeron la segura confianza, tantas veces alentada por la enseñanza del Fundador de la Obra, de que para los que aman a Dios todo es para bien, *omnia in bonum*.

3. *Un espíritu «viejo como el Evangelio, y como el Evangelio nuevo».*

El Presidente General del Opus Dei, con motivo del presente cincuentenario, habló de la juventud de la Obra: «cincuenta años es poco» decía, si bien consideraba cuánto estaba «ya universalmente difundida y en pleno crecimiento. Esto, repito, me lleva a mí, y a todos los socios de la Obra, a dar gracias a Dios porque sólo El, en efecto, es quien puede mover las almas y tocar los corazones para que tomen decisiones de vida cristiana. Y a la vez, nos lleva a sentir una inmensa gratitud a Mons. Escrivá que, con su fidelidad heroica a la Voluntad divina, ha hecho posible el desarrollo de la Obra.»²⁴

a) *La llamada universal a la santidad de vida.*

Podemos ahora preguntarnos acerca de esa difusión universal, sobre ese crecimiento intenso en el número de sus socios y labores apostólicas en tan poco tiempo, aunque la pregunta no tenga fácil respuesta humana.

El mismo Fundador del Opus Dei ofrecía una explicación de esa vitalidad, cuando se refería en sus escritos a aspectos centrales del espíritu del Opus Dei; un espíritu que se injerta en las situaciones ordinarias de los hombres, en su vida corriente, en los acontecimientos cotidianos. Se trata del armónico y sencillo engarce de lo sobrenatural y lo natural, como un vivir connaturalmente lo divino: «el Opus Dei pretende ayudar a las personas que viven en el mundo —al hombre corriente, al hombre de la calle—, a llevar una vida plena-

24. ALVARO DEL PORTILLO, *Entrevista* publicada en «La Libre Belgique», 3.X.1978.

mente cristiana, sin modificar su modo normal de vida, ni su trabajo ordinario, ni sus ilusiones y afanes». Y añade: «Por eso, (...) se puede decir que el Opus Dei es viejo como el Evangelio y como el Evangelio nuevo. Es recordar a los cristianos las palabras maravillosas que se leen en el Génesis: que Dios creó al hombre para que trabajara.»²⁵

La espiritualidad de la Obra ayuda a los hombres a enfrentarse con las propias responsabilidades que ante Dios tienen por el hecho de haberlos creado y redimido. Unas responsabilidades que el hombre ha de asumir, mientras dura su existencia terrena, camino que conduce, a través del tiempo, a la eternidad: «Veo todas las incidencias de la vida —las de cada existencia individual y, de alguna manera, las de las grandes encrucijadas de la historia— como otras tantas llamadas que Dios dirige a los hombres, para que se enfrenten con la verdad; y como ocasiones, que se nos ofrecen a los cristianos, para anunciar con nuestras obras y con nuestras palabras ayudados por la gracia, el Espíritu al que pertenecemos.»²⁶ Y esto se ha de hacer «con naturalidad, con sencillez, viviendo como vivís en medio del mundo, entregados a vuestro trabajo profesional y al cuidado de vuestra familia, participando en los afanes nobles de los hombres, respetando la legítima libertad de cada uno». De manera que se haga comprender, a todas las personas, «que la vida ordinaria puede ser santa y llena de Dios, que el Señor nos llama a santificar la tarea corriente, porque ahí está también la perfección cristiana»²⁷. Y esa vida ordinaria, esta tarea corriente pertenece a todo hombre, y en ella son llamados —todos los hombres— a la santidad personal y a la obra de santificación del mundo.

b) *Función santificadora del trabajo humano.*

Es el trabajo del hombre eje en el que gira toda la conducta humana. Todo hombre ha de vivir y debe trabajar para sustentar su propia vida y la de sus familiares. Y es, en esa incidencia del ser humano con la tierra sobre la que se asienta, en donde surgen sus responsabilidades ante Dios, y han de desplegar las mejores virtualidades de su propia existencia.

«El trabajo acompaña inevitablemente la vida del hombre sobre

25. *Conversaciones...*, ob. y ed. ctds., n. 24.

26. MONS. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa* (Madrid 1973), n. 132.

27. *Ibidem*, n. 148.

la tierra. Con él aparecen el esfuerzo, la fatiga, el cansancio: manifestaciones del dolor y de la lucha que forman parte de nuestra existencia humana actual, y que son signos de la realidad del pecado y de la necesidad de la redención. Pero el trabajo en sí mismo no es una pena, ni una maldición o un castigo: quienes hablan así no han leído bien la Escritura Santa». Mons. Escrivá de Balaguer reafirma que «el trabajo es un don de Dios (...). El trabajo, todo trabajo, es testimonio de la dignidad del hombre, de su dominio sobre la creación. Es ocasión de desarrollo de la propia personalidad. Es vínculo de unión con los demás seres, fuente de recursos para sostener a la propia familia; medio de contribuir a la mejora de la sociedad, en la que se vive, y al progreso de toda la Humanidad». Mas, a su vez, «para un cristiano, esas perspectivas se alargan y se amplían. Porque el trabajo aparece como participación en la obra creadora de Dios (...). Porque, además, al haber sido asumido por Cristo, el trabajo se nos presenta como realidad redimida y redentora: no sólo es el ámbito en el que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora.»²⁸

Pero aún puede decirse más, para contemplar el esfuerzo laboral humano en toda su completa dimensión: «El trabajo profesional es también apostolado, ocasión de entrega a los demás hombres, para revelarles a Cristo y llevarles hacia Dios Padre, consecuencia de la caridad que el Espíritu Santo derrama en las almas.»²⁹

Presentado de este modo el trabajo, es de tal grandeza y resulta de tanta trascendencia, que se comprenden perfectamente las siguientes palabras del Fundador del Opus Dei: «Os aseguro, hijos míos, que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios. Por eso os he repetido, con un repetido martilleo, que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día. En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria...»³⁰ Y así se explica que haya podido también decir: «No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca.»³¹ Y anime a que el trabajo sea bien hecho, porque «todo trabajo humano honesto, intelectual o manual, debe ser rea-

28. *Ibidem*, n. 47

29. *Ibidem*, n. 49.

30. *Conversaciones...*, ob. y ed. ctds., n. 116.

31. *Ibidem*, n. 114.

lizado por el cristiano con la mayor perfección posible: con perfección humana (competencia profesional) y con perfección cristiana (por amor a la voluntad de Dios y en servicio de los hombres) (...): se eleva así el trabajo al orden de la gracia, se santifica, se convierte en obra de Dios, *operatio Dei, opus Dei.*»³²

Este es el gran mensaje que Monseñor Escrivá de Balaguer nos ha dejado por herencia, señalaba Mons. Onclín: «que la santidad no se reserva a los privilegiados, y que todos los caminos de la tierra pueden ser divinos, porque el eje de la espiritualidad específica del Opus Dei es la santificación del trabajo ordinario»³³. «Y muchos miles de hombres y de mujeres, de todas las razas y condiciones sociales, han experimentado, al asumir esta conciencia, la verdad de que estaban transitando por 'los caminos divinos de la tierra'. Sin espectáculo, sin alardes, sin clamores: como hombres y mujeres presentes en el mundo por derecho propio y, por vocación, nacidos a la vida de la gracia para santificar todas las realidades terrestres.»³⁴

c) *La recta ordenación a Dios de las realidades terrenas.*

La llamada de Dios a la plenitud de la vida cristiana es —como recordó el Concilio Vaticano II³⁵— vocación a la santidad dirigida a todos los hombres y mujeres que desenvuelven su vida honestamente en medio de las tareas más variadas, sin salirse de su sitio³⁶. Vocación de santidad sin exclusivismos ni privilegios, vocación universal a la que cada uno es llamado por Dios, según su personal condición: «A los laicos, que trabajan inmersos en todas las circunstancias y estructuras propias de la vida secular, corresponde de forma específica la tarea, *inmediata y directa*, de ordenar esas realidades temporales a la luz de los principios doctrinales enunciados por el Magisterio; pero actuando, al mismo tiempo, con la necesaria autonomía personal frente a las decisiones concretas que hayan de tomar en su vida social, familiar, política, cultural, etc. (cfr. Const. *Lumen*

32. *Ibidem*, n. 10.

33. W. ONCLIN, art. citd.

34. ALVARO DEL PORTILLO, *Mons. Escrivá de Balaguer, testigo del amor...*, ob. y ed. ctds., p. 27.

35. Cfr. Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, nn. 11, 32 y 39-42.

36. Cfr. PEDRO RODRÍGUEZ, *Camino, una espiritualidad de vida cristiana*, en VV. AA., *La vocación cristiana*, Madrid 1975, en especial pp. 99-105; José Orlandis, *Algunos rasgos del Opus Dei*, en VV. AA., *Cristianos corrientes*, Selección de Textos sobre el Opus Dei de Francisco Martinell, Madrid 1971, pp. 29-65.

gentium, n. 31; Const. *Gaudium et Spes*, n. 43; Decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 7).»³⁷

«Es evidente la perfecta correspondencia entre la doctrina de Mons. Escrivá de Balaguer —en éste como en tantos otros puntos— y la de los documentos conciliares», observa el actual Presidente General del Opus Dei y Gran Canciller de la Universidad de Navarra, quien añade: «Y soy testigo de que por la mente del Fundador del Opus Dei jamás pasó la idea de un reconocimiento que en justicia merecía —y que han puesto ya de manifiesto muchas eminentes personalidades de la Iglesia—, como una de las grandes figuras precursoras del Concilio Vaticano II.»³⁸ En efecto, como señaló Mons. González Martín, Cardenal Arzobispo de Toledo, «mucho antes del Concilio Vaticano II trabajó él, como nadie, en la promoción del laicado, en la auténtica y profunda promoción (...); y en el campo del ecumenismo, y en el diálogo con el mundo moderno, y en el reconocimiento efectivo de la sana autonomía de las realidades temporales.»³⁹

d) *Un rasgo más de catolicidad: el ecumenismo.*

«Señalemos que esta tarea del laico en la Iglesia —apunta Mons. Onclin— ha sido solemnemente declarada por el Concilio Vaticano II que ha reconocido también otro rasgo del espíritu del Fundador: el ecumenismo.»⁴⁰

Con relación a este último tema, de todos es ya conocida, por lo que se difundió a raíz de su publicación, la anécdota contada en *Il Gazzettino* de Venecia, por el Cardenal Luciani, luego Pontífice con el nombre de Juan Pablo I: «'Siamo ecumenici: Padre Santo, ma non abbiamo imparato l'ecumenismo de Vostra Santità' s'è permesso un giorno di dire Escrivà a papa Giovanni. Questi sorrise: sapeva che fin dal 1950 l'*Opus Dei* aveva da Pio XII il permesso di accogliere come cooperatori associati i non cattolici e i non cristiani.»⁴¹ En efecto, en el Opus Dei, «existen también cooperadores —muchos de ellos no son católicos— que, sin ser propiamente socios de la Obra,

37. *Conversaciones...*, ob. y ed. ctds., n. 11. Las palabras subrayadas lo están en el original.

38. ALVARO DEL PORTILLO, ob. y ed. ult. ctds., pp. 12-13.

39. MARCELO CARD. GONZÁLEZ MARTÍN, artículo publicado en «Los domingos de ABC» (Madrid, 24.VIII.1975).

40. W. ONCLIN, art. ctd.

41. ALBINO CARD. LUCIANI —poco tiempo después PONTÍFICE JUAN PABLO I—, *Cercando Dio nel lavoro quotidiano*, «Il Gazzettino», 28.VII.78.

colaboran en actividades apostólicas de la asociación con su oración, sus limosnas o su trabajo.»⁴²

Se ha hecho notar que, así como en 1950, fue Pío XII quien sancionó definitivamente esa apertura, Juan XXIII tuvo el consuelo de ver sus frutos inmediatos (...). Ya entonces escribía *La Documentation catholique*: «Al trabajo que el Opus Dei está realizando en favor de las almas, colaboran también de diversos modos muchísimos no católicos.»⁴³

4. *El denominador común de los socios del Opus Dei.*

La inmensa variedad de condiciones personales de vida, que ofrecen los diversos socios del Opus Dei, es perfectamente compatible con la unidad que viene significada por la común vocación a la santidad y al apostolado. Esto supone un respeto profundísimo a la libertad personal de sus socios, sin que el Opus Dei intente en ningún caso imponer o difundir entre ellos ninguna filosofía social, política, económica, etc., de las que, por otra parte, carece.

El punto de coincidencia en el que convergen todos los socios de la Obra ha sido señalado por su actual Presidente General, con las siguientes palabras, a la vez que indicaba las razones por las que se conservan las diferencias: «El denominador común de los socios del Opus Dei —en cualquiera de los países de los cinco continentes en donde hay personas de la asociación —es mínimo. Coinciden todos en considerar su trabajo —el que sea— como parte integrante de su vocación cristiana, a cuya plenitud aspiran precisamente a través de la santificación de su propia ocupación. Pero en todo lo que se refiere al inmenso campo de sus preferencias temporales no esperan recibir ni reciben consignas del Opus Dei. No hay por tanto ninguna tensión en compaginar la libertad personal con la pertenencia al Opus Dei; entre otras razones porque (...) la Obra estimula la conciencia y el ejercicio de la libertad personal en todos los socios para que asuman con entera libertad, autónomamente, sus decisiones.»⁴⁴

a) *El pluralismo en las opciones temporales.*

La llamada universal a la santidad que Dios en Cristo Jesús hace a todos los hombres, y el debido respeto y amor a la legítima auto-

42. ANDREW BYRNE, ob., ed. y vol. ctds., p. 349.

43. KARL STEINER, *Ecumenismo*, VV. AA., *Cristianos corrientes*, ob. y ed. ctds., p. 95.

44. ALVARO DEL PORTILLO, *Entrevista* en «La Vanguardia» ctd.

nomía de las realidades terrenas, explica que en la Obra se entienda de tal manera la libertad de sus socios en cuestiones temporales, que ese respeto constituye «condición esencial de la vida misma del Opus Dei. Sin él, no vendría nadie a la Obra. Es más. Si se diera alguna vez —no ha sucedido, no sucede y, con la ayuda de Dios, no sucederá jamás— una intromisión del Opus Dei en la política, o en algún otro campo de las actividades humanas, el primer enemigo de la Obra sería yo», afirmaba con energía su Fundador⁴⁵.

Por esto, recordaba el Card. Baggio que los socios del Opus Dei «son unánimes y solidarios en los ideales de santidad y apostolado, mientras adoptan las más diversas posiciones en el campo político e ideológico, manifestando así por tanto un amplio pluralismo de opciones humanas. El secreto está en que, como dice el Fundador, en las cosas temporales 'están de acuerdo en no estar de acuerdo', coincidiendo solamente en la común fe cristiana y en la búsqueda de la santidad en medio del mundo.»⁴⁶

Por su parte, el Card. Koenig ha hecho la siguiente consideración: «Precisamente porque el Fundador del Opus Dei valoraba tanto la libertad y responsabilidad personales, su Obra presenta un aspecto tan pluralista. Aquí se han reunido personas con las más variadas opiniones profesionales, políticas, económicas, para vivir la unidad de lo católico.»⁴⁷

El Presidente General de la Obra, hace poco tiempo, ha respondido a un periodista que se interesaba por el encuadre histórico de la espiritualidad del Opus Dei, que su Fundador «afirmaba que, para encuadrar histórica y espiritualmente al Opus Dei, lo mejor es pensar en los primeros cristianos». Hacía notar su variedad: «son personas corrientes, ciudadanos normales, iguales a los demás —'todo lo tenemos en común con vosotros, menos los templos', dice Tertuliano, dirigiéndose a los paganos de su tiempo—, que encarnaron el cristianismo en sus vidas, y que lo transmitieron a quienes les rodeaban con la naturalidad con que se transmite lo que se ama, lo que forma parte del propio ser. Unos ocupaban posiciones relevantes en la sociedad, otros —los más— eran personas modestas; unos eran más inteligentes, otros menos; unos aparecían más fuertes, otros más débiles. Pero todos se sabían responsables de una misión divina: cooperar en la tarea redentora de Jesucristo.»⁴⁸

45. *Conversaciones...*, ob, y ed. ctds., n. 28.

46. SEBASTIANO CARD. BAGGIO, artículo publicado en el «Avvenire», 26.VII.1975.

47. FRANZ CARD. KOENIG, artículo publicado en «Il Corriere della Sera», 9.XI.1975.

48. ALVARO DEL PORTILLO, *Entrevista* en «La Libre Belgique» ctd.

b) *La unidad de la vocación a la santidad y al apostolado.*

Esa única y divina misión —cooperar en la tarea redentora de Jesucristo— es, dentro de la variedad de edad y sexo, de estados civiles y profesionales, de costumbres, nacionalidades y razas, un aglutinante vocacional del servicio a Dios y a los hombres, que tiende a unir lo disperso, pero nunca a uniformar. Sabemos que Mons. Escrivá de Balaguer en su doctrina insistía en la enseñanza de que el cristiano se hace, por la gracia, partícipe de la naturaleza divina, lo que permite, con justicia, que pueda llamar a Dios Padre suyo: «¡*Abba*, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios» (Rom 8, 15-16.) Pues bien, como ha hecho notar un historiador del Derecho, el Prof. Orlandis, estas verdades, que pertenecen al depósito de la Fe, «se han hecho doctrina viva y santificante, hasta el punto de que, para muchos, la buena nueva de la filiación divina ha sido también otro 'redescubrimiento'. Este sentido de filiación divina impregna totalmente la espiritualidad del Opus Dei y ofrece al cristiano unas perspectivas quizás nunca imaginadas de sus relaciones con Dios.»⁴⁹

Partiendo del hecho originario de la vocación al Opus Dei y de la vocación cristiana misma, que es la filiación divina, se comprenderá que la variedad humana que se encuentra en la Obra apunte, sin embargo, hacia una meta muy alta común a todos: seguir «el ejemplo de Cristo, que pasó la casi totalidad de su vida terrena trabajando como un artesano en una aldea. Amamos ese trabajo humano que El abrazó como condición de vida, cultivó y santificó», manifestaba Mons. Escrivá de Balaguer; y añadía seguidamente: «Vemos en el trabajo —en la noble fatiga creadora de los hombres— no sólo uno de los más altos valores humanos, medio imprescindible para el progreso de la sociedad y el ordenamiento cada vez más justo de las relaciones entre los hombres, sino también un signo del amor de Dios a sus criaturas y del amor de los hombres entre sí y a Dios: un medio de perfección, un camino de santidad.

«Por eso, el objetivo único del Opus Dei ha sido siempre ése: contribuir a que haya en medio del mundo, de las realidades y afanes seculares, hombres y mujeres de todas las razas y condiciones sociales, que procuren amar y servir a Dios y a los demás hombres en y a través de su trabajo ordinario.»⁵⁰

49. JOSÉ ORLANDIS, *Monseñor Escrivá de Balaguer, Maestro de vida cristiana*, Revista «Nuestro Tiempo», n.º 257 (Noviembre 1975), p. 29.

50. *Conversaciones...*, ob. y ed. ctds., n. 10. MONS. ESCRIVÁ DE BALAGUER —*ibidem*, n. 32— hace notar, insistiendo en la misma idea, lo siguiente: «Desde el

«En otras palabras: para seguir a Cristo, para servir a la Iglesia, para ayudar a los demás hombres a reconocer su destino eterno, no es indispensable abandonar el mundo o alejarse de él, ni tampoco hace falta dedicarse a una actividad eclesial; la condición necesaria y suficiente es la de cumplir la misión que Dios ha encomendado a cada uno, en el lugar y en el ambiente queridos por su Providencia.

«Y como la mayor parte de los cristianos recibe de Dios la misión de santificar el mundo *desde dentro*, permaneciendo en medio de las estructuras temporales, el Opus Dei se dedica a hacerles descubrir esa misión divina, mostrándoles que la vocación humana —la vocación profesional, familiar y social— no se opone a la vocación sobrenatural: antes al contrario, forma parte integrante de ella.

«El Opus Dei tiene como misión única y exclusiva la difusión de este mensaje —que es un mensaje evangélico— entre todas las personas que viven y trabajan en el mundo, en cualquier ambiente o profesión. Y a quienes entienden este ideal de santidad, la Obra facilita los medios espirituales y la formación doctrinal, ascética y apostólica, necesaria para realizarlo en la propia vida.»⁵¹

Dentro, pues, de ese *objetivo único* y esa *misión única*, sobrenatural y apostólica de la Obra, cada uno de los socios desenvuelve su vida y sirve a la sociedad con la profesión que tenía antes de pertenecer al Opus Dei, desarrollándola con sentido apostólico. Ese sentido apostólico, de servicio cristiano al hombre y a la sociedad, preside siempre las actividades o instituciones que promueve el Opus Dei, en cuanto tal como contribución a la solución de los problemas que afectan a la sociedad, a los que tanto puede aportar el ideal cristiano. Con ese único afán, Mons. Escrivá de Balaguer impulsó y vio crecer numerosísimas y variadas iniciativas, entre ellas, nuestra Universidad de Navarra y tantas otras labores apostólicas y educativas en tan diversos lugares del mundo.

Por esto, habida cuenta de ese marco humano tan diferenciado, y la necesidad a su vez de que todos los socios de la Obra coincidan en ese mínimo denominador común que antes se indicó, se comprende que la gran tarea inmediata de la Obra es la de proporcionar la for-

primer momento la Obra era universal, *católica*. No nacía para dar solución a los problemas concretos de la Europa de los años veinte, sino para decir a los hombres y mujeres de todos los países, de cualquier condición, raza, lengua, o ambiente —y de cualquier estado: solteros, casados, viudos, sacerdotes—, que podían amar y servir a Dios, sin dejar de vivir en su trabajo ordinario, con su familia, en sus variadas y normales relaciones sociales».

51. *Ibidem*, n. 60.

mación necesaria a sus socios para que vivan con plenitud su espíritu; de aquí que su Fundador haya dicho: «La actividad principal del Opus Dei consiste en dar a sus miembros, y a las personas que lo deseen, los medios espirituales necesarios para vivir como buenos cristianos en medio del mundo. Les hace conocer la doctrina de Cristo, las enseñanzas de la Iglesia; les proporciona un espíritu que mueve a trabajar bien por amor de Dios y en servicio de todos los hombres. Se trata, en una palabra, de comportarse como cristianos: conviviendo con todos, respetando la legítima libertad de todos y haciendo que este mundo nuestro sea más justo.»⁵²

Para esa tarea fundamental de formación, no cuenta el Opus Dei con otra doctrina, otro magisterio que el único y auténtico Magisterio de la Iglesia. «En el Opus Dei —ha dicho su Fundador—, procuramos siempre y en todas las cosas sentir con la Iglesia de Cristo: no tenemos otra doctrina que la que enseña la Iglesia para todos los fieles. Lo único peculiar que tenemos es un espíritu propio, característico del Opus Dei, es decir, un modo concreto de vivir el Evangelio, santificándonos en el mundo y haciendo apostolado con la profesión.»⁵³

Igualmente sucede con los medios que utiliza la Obra para realizar la misión sobrenatural que pretende alcanzar, que no son otros que los medios recomendados siempre por la Iglesia: «Desde el principio, el arma del Opus Dei ha sido siempre la oración, la vida entregada, el silencioso renunciamiento a todo lo que es egoísmo, por servir a las almas.»⁵⁴

5. *Romanidad de la Obra y servicio a la Iglesia.*

Son incontables las personas que, desde los primeros tiempos de su labor apostólica, conocieron directa y personalmente al Fundador del Opus Dei. Pues bien, cuando recuerdan anécdotas y sucesos de su vida, suelen ofrecer el común testimonio de que «bastaba un rato de conversación —por breve que fuera— para darse cuenta enseguida de que todo en su vida giraba alrededor de Cristo, de María y del Papa». Pero además, «su devoción a Santa María era inseparable de San José. Lo llevaba hasta el extremo, si se quiere anecdótico, pero

52. *Ibidem*, n. 27.

53. *Ibidem*, n. 29.

54. *Ibidem*, n. 68.

altamente significativo, de unir en una sola palabra su nombre de pila *Josemaría*.»⁵⁵ De manera que, «junto a la devoción a Santa María —inseparable— recurrió siempre a San José, a quien muy pronto invocó como *Padre y Señor*. A él se encomendó siempre, como maestro de vida interior. Sobre San José ha dejado páginas espléndidas que glosan su vida de trabajo, su docilidad a los planes divinos, su humilde sentido de responsabilidad, su amor y delicadeza hacia María y Jesús. Del Santo Patriarca tenían que aprender los socios de la Obra a tratar —a contemplar— a Jesucristo y a la Virgen.»⁵⁶

Junto a Jesús y María —hemos dicho—, estaba su amor al Papa: «el fundador del Opus Dei siempre enseñó a las almas a querer y a orar por el Santo Padre, viendo en él al representante —al *Vicecristo*— de Dios en la tierra. Por eso quería que toda persona del Opus Dei que llegase a Roma fuese inmediatamente a la Basílica de San Pedro para renovar su fe y rendir homenaje al Pontífice reinante.»⁵⁷ Resulta bien explicable, por consiguiente, que el Consiliario del Opus Dei en Italia, Mario Lantini, en los funerales celebrados por el alma de Mons. Escrivá de Balaguer, en la Basílica romana de San Eugenio el 28 de junio de 1975, dijese: «*Cristo, María. El Papa. ¿No acabamos de indicar, en tres palabras, los amores que compendian toda la fe católica?* Mons. Escrivá de Balaguer, el Padre, había escrito estas palabras en 1934, cuando tenía treinta y dos años y el Opus Dei no contaba más que seis. Estas tres palabras componen un programa que ha guiado su vida entera, la de todos los socios del Opus Dei y la de cientos de miles de personas de todo el mundo.»⁵⁸ Y ese amor al Romano Pontífice fue lo que le llevó a escribir las siguientes palabras, profunda confesión de fe en la Iglesia santa, y aliento para el caminar sobrenatural de muchos: «Católico, Apostólico, ¡Romano! —Me gusta que seas muy romano. Y que tengas deseos de hacer tu «romería», «*videre Petrum*», para ver a Pedro».⁵⁹

«No sabría decir cuántas veces —¡fueron tantas!— me habló de amor a la Iglesia y al Papa —ha escrito Lombardía—, hasta el punto de no saber cómo es posible hablar en pocas líneas del gran amor de Mons. Escrivá a la Iglesia y al Romano Pontífice, fuera quien fuera (en el tiempo en que yo le he tratado han ocupado la silla de Pedro Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI). Toda su vida fue un servi-

55. SALVADOR BERNAL, ob. y ed. ctds., p. 79.

56. *Ibidem*, p. 80.

57. *Ibidem*, p. 83.

58. *Ibidem*, p. 86.

59. MONS. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, n. 520.

cio a la Iglesia, llena de sacrificio y en el que no faltaron incomprendiones muy dolorosas.»⁶⁰

«Vivía en Roma —hace notar el Cardenal Pignedoli— desde hace casi treinta años porque quería que, como la Iglesia, la Obra fuese romana y porque él mismo se sentía romano. Gozaba saboreando esta palabra —romano— porque lo impulsaba a amar con amor ardiente al Papa, *il dolce Cristo in terra*, como acostumbraba a decir con palabras de Santa Catalina de Siena.»⁶¹ Esta romanidad fue puesta de relieve por otro eminente cardenal, Baggio, cuando describía: «El 26 de junio moría en Roma el Fundador del Opus Dei, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, a los 73 años de edad. En Roma vivía desde 1946, y en Roma ha sido enterrado, en la cripta del oratorio de Santa María de la Paz.»⁶²

«Su amor a la Iglesia —explica el Cardenal González Martín— era amor al Papa, a los obispos, a los sacerdotes, al Magisterio eclesiástico, al culto litúrgico y a la devoción privada, y desde ahí a los hombres de toda condición porque para ellos era esa Iglesia tan amada, y mal podía ser querida ésta si no lo eran a la vez todos los que, dentro o fuera del redil, eran, en la intención del Salvador, beneficiarios de sus dones. Esto es amor a la Iglesia, quererla tal como es en sí, sin echar agua al vino, y quererla para todos.»⁶³ También el Cardenal Poletti, Vicario General de la diócesis de Roma, ha llamado la atención sobre el hecho de lo que debía la diócesis de Roma —al igual que «debe mucho a tantos Fundadores»— a Mons. Escrivá de Balaguer, «personalidad de una inagotable riqueza espiritual» que «se suma a esta admirable serie de hombres de Dios». Y añadía: «El —que vivía en Roma desde 1946—, se preciaba de ser 'muy romano' y ha inculcado a sus hijos e hijas, repartidos por el

60. PEDRO LOMBARDÍA, *Un hombre de Dios*, Revista «Nuestro Tiempo», n. 257 (Noviembre 1975), p. 19. De esas incomprendiones se hizo eco delicadamente Mons. Escrivá de Balaguer, cuando decía: «Tal vez esa misma sencillez de la naturaleza y modo de obrar del Opus Dei sea una dificultad para quienes estén llenos de complicaciones, y parecen incapacitados para entender nada genuino y recto». Y agregaba: «Naturalmente, siempre habrá quien no comprenda la esencia del Opus Dei, y esto no nos extraña, porque ya previno de estas dificultades el Señor a los suyos, comentándoles que *non est discipulus super Magistrum* (Mat 10, 24), no es el discípulo más que el Maestro. Nadie puede pretender que todos le aprecien, aunque sí tiene el derecho a que todos le respeten como persona y como hijo de Dios» (*Conversaciones...*, ob. y ed. ctds., n. 66).

61. SERGIO CARD. PIGNEDOLI, art. ctd.

62. SEBASTIANO CARD. BAGGIO, art. ctd.

63. MARCELO CARD. GONZÁLEZ MARTÍN, art. ctd.

mundo, este amor suyo a Roma, la diócesis del Papa. Desde hace casi treinta años, aquí en Roma se han formado, en sus respectivos Centros Internacionales, hombres y mujeres del Opus Dei de todas las naciones.»⁶⁴ «'Gracias, Dios mío, por el amor al Papa que has puesto en mi corazón', escribió en los primeros años de su ministerio sacerdotal. Y repetía a menudo que ofrecía su vida por la Iglesia y el Papa»⁶⁵, se decía en *L'Osservatore Romano*, al día siguiente de su tránsito de este mundo a la morada que Dios le tenía reservada.

Con ocasión de ese último e histórico momento, uno de los innumerables artículos publicados en su memoria formula algunas preguntas: «¿Por qué quiso Mons. Escrivá de Balaguer ser 'muy romano'? ¿Cuál ha sido la razón para que quisiera con todas sus fuerzas, como repetía a sus hijos, 'romanizar' la Obra que ha fundado? Sin duda —se respondía a continuación— para tener él mismo y para dar a la nueva fundación idéntico aire que el que Cristo quiso dar a su Iglesia y a su Vicario estableciéndolo en Roma. Para el Fundador del Opus Dei, romanidad es sinónimo a la vez de unidad y de universalidad, es manifestación de amor y de obediencia al Papa, Obispo de Roma, es expresión de docilidad y de servicio a la sede apostólica, es deseo de impregnarse en el espíritu de la primitiva cristiandad y de la Iglesia de los mártires, que en Roma aportaron la mayor contribución a la salvación y al incremento de la fidelidad a la Esposa de Cristo y al Primado de Pedro.»⁶⁶

Ese universalismo y tal variedad de las personas llamadas a pertenecer a la Obra, responden a la identificación de su Fundador —en el sentir del Cardenal González Martín— «con el misterio de la Iglesia (...). Sorprendente y desconcertante en sus expresiones y en sus anhelos apostólicos, Monseñor Escrivá no guardaba otras sorpresas ni producía otros desconciertos que los de la misma Iglesia, a la que servía como un enamorado lleno de confianza y persuadido de que la Iglesia es siempre original.»⁶⁷ A sus hijos en el Opus Dei, Mons. Escrivá de Balaguer enseñaba con clara e inconfundible doctrina lo siguiente: «El espíritu de la Obra y el de sus socios es servir a la Iglesia, y a todas las criaturas, sin servirse de la Iglesia.

64. Carta del CARDENAL POLETTI, Vicario General de Roma, a D. Alvaro del Portillo, publicada en la «Rivista Diocesana de Roma» (Julio-Agosto, 1975).

65. GIUSEPPE MOLTENI, artículo publicado en «L'Osservatore Romano», 27.VI.1975.

66. FRANCESCO ANGELICCHIO, *Un sacerdote español, 'muy romano'*, artículo publicado en la «Rivista Diocesana di Roma», (Julio-Agosto 1975).

67. MARCELO CARD. GONZÁLEZ MARTÍN, art. ctd.

Me gusta que el católico lleve a Cristo no en el nombre, sino en la conducta, dando testimonio real de vida cristiana.»⁶⁸

«Yo mismo —manifestaba el Cardenal Koenig— he conocido a Mons. Escrivá de Balaguer como una gran autoridad espiritual. Sus colaboradores siempre han alabado su serenidad, su espíritu abierto que desarmaba, sus dotes de organizador, cualidades que iban unidas a una comprensión cariñosa de las preocupaciones y alegrías de las demás personas y a un celo ardiente por las cosas de Dios»⁶⁹.

Efectivamente, su dolor por todo lo que afectara negativamente a la Iglesia, Esposa de Cristo, y a la salvación de las almas era patente: la desorientación doctrinal, la desobediencia al Magisterio y la falta de unidad, la tibieza pastoral o apostólica, la irreverencia y los abusos en materia de sacramentos, el desorden moral personal o social... todo suponía un peso enorme para su alma enamorada. Lo ponía de relieve quien tan profundamente lo conocía, meses después de haberle sucedido como Presidente General de la Obra, en el solemne acto académico celebrado en la Universidad de Navarra en memoria de su primer Gran Canciller. En aquella ocasión recordó «que ese amor apasionado y heroico por la Iglesia y por el Papa ha animado de manera permanente su existencia, creciendo cada día más. Amor que repetidamente le llevó a ofrecer al Señor su vida —y *mil vidas que tuviera*, subrayaba—, por la Esposa de Cristo y por el Romano Pontífice.»⁷⁰ Ofrecimiento que no cabe pueda sorprender cuando se conoce que «en dos ocasiones (...) elevó a Dios esta oración: *si la Obra no es para servirte, ¡destrúyela!* Y sabemos que, en las dos ocasiones, el Señor correspondió generosamente a la oración del Padre, inundando su corazón de una profunda paz.»⁷¹

Esa reacción dolorida, de un «indecible sufrimiento», ante cualquier deslealtad que padeciera la Iglesia, no le llevaba a Mons. Escrivá de Balaguer a una actitud de amargura, o de crítica, sino que, a la vez que sufría, acudía a todos los medios sobrenaturales y humanos con los que él podía participar, unido a Cristo, en la obra de la Redención. Era, pues, la reacción suya, la de adoptar, ante el mal, una actitud positiva y eficaz: «rezaba, trabajaba, se entregaba al apostolado, incluso más allá del límite de sus fuerzas. Su corazón se consumía y se volcaba en desagravio, en reparación generosa, en vigilancia y desvelo de doloroso amor, en oración porfiada, en aten-

68. *Conversaciones...*, ob. y ed. ctds., n. 47.

69. FRANZ CARD. KOENIG, art. ctd.

70. ALVARO DEL PORTILLO, *En memoria...*, ob. y ed. ctds., p. 41.

71. *Ibidem*, p. 32. Las palabras subrayadas lo están en el original.

ción sobre su *pusillus grex* y en dar doctrina a cuantos la quisieran escuchar, olvidándose en absoluto de sí mismo». Por esto, el autor de estos testimonios, don Alvaro del Portillo, afirma estar «seguro de que Nuestro Señor ha aceptado este holocausto del Padre por la Iglesia. Tengo la convicción de que, desde el cielo, intercederá poderosamente por todo el Pueblo de Dios y por sus Pastores.»⁷² «Parece —sugiere Lombardía— como si Cristo hubiera querido que la oración de los años de plenitud espiritual de un alma tan santa, fueran dedicados exclusivamente a su Esposa, que pasa momentos de tribulación. Y en esa oración continua fue madurando el acto de ofrecimiento de su vida por la Iglesia.»⁷³

Su personalidad, de tanta grandeza de espíritu y de celo ardiente por la causa de Dios y el servicio a la Iglesia, no dejaba de impresionar a quienes tuvieron el gozo de tratarle mientras vivió en este mundo. Mons. Polhschneider dijo del Fundador del Opus Dei, después de haber ponderado sus virtudes sobrenaturales: «más fuerte que las fuerzas de su inteligencia eran los impulsos que, desde su corazón, derramaba a su alrededor. Sin querer pienso en lo que la Iglesia dice de aquel gran sacerdote de la juventud, Don Juan Bosco, en el Introito de la Misa solemne de este santo: 'Dios le dio sabiduría y entendimiento sobre toda medida y una amplitud de corazón igual a las orillas del mar'. Esta '*latitudo cordis*' —añadía— en la cual cabe todo y todos, especialmente el amor a Dios y al prójimo, era la característica esencial de este sacerdote. El amaba a los hombres auténticamente y se preocupaba de ellos. Cuando hablaba del celo apostólico para que todos los hombres se salven, temblaba no solamente su corazón, sino que su cuerpo entero armonizaba con lo que decía. Su afán de almas no conoció límites.»⁷⁴

Por esa amplitud de su corazón, no sólo se dedicó por entero a la Obra que Dios le había confiado, sino que prestaba su aliento sobrenatural y fuerte —de hombre de Dios que estimula a quien camina senderos divinos para que marche adelante— a toda actividad que se movía con fines exclusivamente apostólicos, buscando sólo el bien de las almas. Era su ilimitada confianza en el cumplimiento de la amorosa voluntad de nuestro Padre Dios lo que explicaba ese ánimo infatigable y contagioso, ese estilo —incluso en lo humano— tan optimista y esperanzado. Por esta poderosísima razón no es de extrañar que Mons. Hervás haya hecho notar que, ante las incom-

72. *Ibidem*, pp. 41-42.

73. PEDRO LOMBARDÍA, *Un hombre de Dios*, ob. y ed. ctds., p. 20.

74. MONS. JOHANNES POHLSCHNEIDER, art. ctd.

preensiones y dificultades que encontraba en una obra apostólica que impulsaba, halló en Mons. Escrivá de Balaguer las palabras «breves y certeras», que le «reconfortaron mucho en una hora ciertamente difícil». Y añadía cómo recordaba también «la insistencia con que recalca, dándome la sensación de que volcaba en mí su propia alma: amor a los que no nos comprenden, oración por los que juzgan sin querer enterarse, atención a la voz de la Iglesia y no a los rumores de la calle, corazón limpio de amarguras y resentimientos». Y continuaba: «De este modo providencial e imprevisto aquel hombre de Dios, como no dudo en llamarlo, influyó para alentar una empresa que no era su empresa, y volcó caridad y comprensión sobre un método de espiritualidad y apostolado laical que iba por caminos distintos de los suyos.»⁷⁵

El haber apreciado su grandeza de espíritu, su impulso apostólico y ese corazón universal, católico, que poseía Mons. Escrivá de Balaguer, le llevó a escribir a un hombre de tan fina sensibilidad como el Cardenal Pignedoli, en póstumo homenaje, lo siguiente: «Yo tenía clara conciencia de conocerlo y de amarlo desde siempre, desde que me encontré con él, antes de los años cincuenta. ¿Qué importa si, después de aquel encuentro, lo vi pocas veces o lo vi sólo en circunstancias ocasionales? El estaba ya en mi alma como auténtico sacerdote: un hombre que *ve* y ayuda a los demás a *ver*. Y siempre con el corazón joven, como si el camino que lleva a Dios estuviera siempre en su comienzo, a la luz del alba.»⁷⁶

Mons. Escrivá de Balaguer fue, con tan robusta y sobrenatural personalidad, el instrumento siempre dócil a las mociones divinas, al impulso del Espíritu Santo. Y supo, con su clara inteligencia y su vida de íntegra y generosa respuesta al querer de Dios, ser padre de una familia sobrenatural que permanece, a través del tiempo, al servicio de la Iglesia, viviendo el espíritu que Dios le había comunicado a quien tantos hijos e hijas engendró para ese servicio. Un espíritu de amor a Cristo, la Virgen y al Papa, de servicio incondicional y generoso a la Iglesia, de entrega y dedicación a las almas, con Cristo, *usque ad mortem, mortem autem crucis* (Phil. 2, 8), palabras paulinas que al Fundador del Opus Dei gustaba repetir.

«El quiso que este camino trazado para sus hijos espirituales —ha enseñado el Cardenal Baggio—, en una síntesis fascinante, sin frac-

75. MONS. JUAN HERVAS, *En una hora difícil para los Cursillos, un corazón abierto*, artículo publicado en la Revista «Cursillos de cristiandad» (Madrid), n. 132, septiembre de 1975.

76. SERGIO CARD. PIGNEDOLI, art. ctd. Las palabras subrayadas responden al texto original.

turas y sin diafragmas, de lo que es ser hombre y de lo que es ser cristiano, se titulase 'de la Santa Cruz y del Opus Dei'». Y en la andadura de ese caminar se alcanza, en este año de 1978, el primer cincuentenario con la segura fe de cumplir la voluntad de Dios, y la esperanza cierta de que Dios está empeñado en que la Obra se realice: «En medio de dificultades, de contradicciones, de incomprensiones y de hostilidades, era este ferviente anhelo lo que alimentaba la contagiosa serenidad y el inquebrantable optimismo de Mons. Escrivá de Balaguer.»⁷⁷

6. *Continuidad y Fidelidad.*

En el Acto académico solemne en homenaje al Fundador del Opus Dei, celebrado en la Universidad de Navarra el día 12 de junio de 1976, su actual Gran Canciller, Excmo. y Revmo. Dr. D. Alvaro del Portillo y Díez de Sollano, hacía notar que, con el paso de Mons. Escrivá de Balaguer al Cielo, «ha terminado la etapa fundacional del Opus Dei, para dar comienzo a la etapa de la continuidad, de la fidelidad más plena a toda la herencia espiritual que el Padre nos ha transmitido —por voluntad divina—, entregando por nosotros su misma vida». Por esto, cuando a raíz de su elección como Presidente General del Opus Dei, algunos le preguntaron, «¿qué hará ahora el Opus Dei?», hubo de contestar: «seguir caminando, hacer lo que hemos hecho siempre, también desde que el Señor se llevó consigo a nuestro Fundador. Seguir caminando con el espíritu que nos ha dejado definitivamente establecido, inequívoco.»⁷⁸

Ahora, en la celebración de las Bodas de Oro del Opus Dei, esas palabras, de su hoy Presidente General, son adecuada respuesta para expresar lo que seguirá siendo la Obra más allá del presente cincuentenario. El Fundador del Opus Dei, convencido de su condición de instrumento, desde aquellos primeros años del comienzo, se dedicó abnegadamente a dar con gran fidelidad lo que del Señor había recibido. Es su vida entera —desde esa fecha del 2 de Octubre de 1928, en que nace el Opus Dei —una entrega sin limitaciones dirigida a transmitir a sus hijos el mensaje que recibió de Dios. «Entre los hombres fieles que le escuchan, heroicamente fieles —afirma D. Javier Echevarría, Secretario General de la Obra—, D. Alvaro del Portillo deja actuar en su alma a la gracia divina, a través de esas en-

77. SEBASTIANO CARD. BAGGIO, art. ctd.

78. ALVARO DEL PORTILLO, *En memoria...*, ob. y ed. ctds., p. 42.

señanzas: vive lo que ve vivir; reza como ve rezar; ama a Dios, a la Iglesia, al Papa, a las almas, como ve amar cada jornada a Mons. Escrivá de Balaguer. Guarda en su corazón un patrimonio de precioso valor, que ha informado y que informa todo su quehacer. Ciertamente, en el Opus Dei, se ha cerrado la etapa de la fundación, y comienza una nueva, pero sin solución de continuidad.»⁷⁹

En esta sucesión sin ruptura, en la fiel continuidad de lo que Dios mismo había inspirado al Fundador de la Obra, abunda Lombardía cuando piensa que «la unánime elección del 15 de septiembre de 1975 no fue sólo una prudente y acertada solución de un cuerpo electoral», sino que «la elección de D. Alvaro del Portillo como Presidente General del Opus Dei fue sobre todo una delicadeza del mismo Dios, que quiso unir, por designio de su infinita Sabiduría, la misión de dar testimonio de la vida y de la doctrina del Fundador, con la de dirigir la Obra.»⁸⁰

Sin solución de continuidad, la Obra sigue haciendo sentir, en medio del mundo, a todos los hombres, la dignidad de la vocación cristiana. El Opus Dei ha traído consigo «una visión más honda de la Iglesia, como comunidad formada por todos los fieles, de modo que todos somos solidarios de una misma misión, que cada uno debe realizar según sus personales circunstancias. Los laicos, gracias a los impulsos del Espíritu Santo, son cada vez más conscientes de *ser Iglesia*, de tener una misión específica, sublime y necesaria, puesto que ha sido querida por Dios. Y saben que esa misión depende de su misma condición de cristianos, no necesariamente de un mandato de la Jerarquía, aunque es evidente que deberán realizarla en unión con la Jerarquía eclesiástica y según las enseñanzas del Magisterio: sin unión con el Cuerpo episcopal y con su cabeza, el Romano Pontífice, no puede haber, para un católico, unión con Cristo.

«El modo específico de contribuir los laicos —explica Mons. Escrivá de Balaguer— a la santidad y al apostolado de la Iglesia es la acción libre y responsable en el seno de las estructuras temporales, llevando allí el fermento del mensaje cristiano. El testimonio de vida cristiana, la palabra que ilumina en nombre de Dios, y la acción responsable, para servir a los demás contribuyendo a la resolución de los problemas comunes, son otras tantas manifestaciones de esa presencia con la que el cristiano corriente cumple su misión divina.»⁸¹

79. JAVIER ECHEVARRÍA, *D. Alvaro del Portillo, nuevo Presidente General del Opus Dei*, artículo publicado en «La Vanguardia Española», 21.IX.1975.

80. PEDRO LOMBARDÍA, *Acerca del sentido...*, ob. y ed. ctds., p. 32.

81. *Conversaciones...*, ob. y ed. ctds., n. 59. Las palabras subrayadas lo están en su original.

Es lo que hacía notar el Cardenal Pignedoli cuando observaba, en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer, que la Iglesia se muestra «carismática e institucional a la vez», «como una comunidad espontáneamente vital: crece y se desarrolla en el mundo gracias a la personal responsabilidad apostólica de todos los bautizados, comprometidos en descubrir 'los caminos divinos de la tierra.'»⁸² Espontaneidad libre y responsable del cristiano, cuya tarea cumple sometido fielmente al Magisterio y Jerarquía de la Iglesia.

Alcanzar síntesis tan admirable hace vislumbrar, junto al teólogo, una robusta personalidad bien conocedora del Derecho y de su proyección práctica en la vida de la Iglesia. Mons. Escrivá de Balaguer, terminados los estudios de Bachillerato, ingresó en la Universidad para cursar los estudios propios de la Facultad de Derecho, doctorándose luego en la Universidad de Madrid. Desde aquellos años en los que termina sus estudios de Derecho Civil, nunca dejaría ya el contacto con la Universidad y los estudios jurídicos. En 1944 publicó *La Abadesa de Las Huelgas* profunda investigación histórica realizada en los archivos del famoso Monasterio burgalés y en la que el autor hace un acabado y fino estudio teológico-jurídico; de esta obra se ha hecho una segunda edición en 1974. Doctor en Teología por la Universidad Pontificia Lateranense de Roma y Doctor *honoris causa* por la Universidad de Zaragoza, nuestro primer Gran Canciller —que lo fue también de la Universidad de Piura (Perú)— recibió el nombramiento de Consultor de la Comisión Pontificia para la interpretación auténtica del Código de Derecho Canónico y Consultor de la Sagrada Congregación para la Educación Católica. Fue designado Académico *ad honorem* de la Pontificia Academia Teológica Romana. Su labor como jurista, sin embargo, no se redujo al estudio, a la enseñanza, o a la investigación histórica. Su tarea se proyecta fundamentalmente en el Opus Dei, proporcionándole los medios adecuados para que la Obra de Dios se realice en este mundo y para que permanezca en el futuro en fiel continuidad al espíritu que Dios inspiró a su Fundador.

El Presidente General del Opus Dei nos dice, en el presente momento, que mira «el futuro con alegría, porque en todas partes veo —afirma— pujanza espiritual, con limitaciones personales, con deficiencias humanas —los hombres perfectos existen sólo en la imaginación—, pero con ansias de vida cristiana, de oración, de trato con Dios. Y esa es la garantía verdadera». Mas, desde otro punto de vista, añade: «Dios, que quiso que la Obra naciera, no dejará de

82. SERGIO CARD. PIGNEDOLI, art. ctd.

dar la gracia necesaria para que continúe existiendo. Los dones divinos —dice la Escritura— son inmutables. Dios está empeñado en que llegue a todos los hombres el mensaje de la santificación en medio del mundo, y proveerá para que siga constantemente predicándose. Ciertamente nadie es necesario y, si le fallamos a Dios, El seguirá otros caminos. No caben, en lo sobrenatural, falsas seguridades. Volvemos así a la oración: es ahí, y sólo ahí, en la petición humilde y confiada a Dios, donde está la seguridad del cristiano. Y, por tanto, también la del Opus Dei.»⁸³

Para mantener, a través del tiempo, la identidad del espíritu querido por Dios, no hay otra garantía que la propia fidelidad a la enseñanza del Fundador de la Obra, igual que él fue siempre fiel a la Voluntad que Dios le diera a conocer. Depende, por consiguiente, mantener esa fidelidad, del deseo sincero, que han de tener los socios del Opus Dei, de santificarse, convencidos de que la lucha por la santidad personal es la gran tarea de la propia vida. Y en esa tensión hacia la santidad personal se halla la garantía de la perenne juventud de la Obra.

«Para mí *aggiornamento* significa sobre todo eso: *fidelidad*», respondía Mons. Escrivá de Balaguer a una pregunta sobre el verdadero sentido del término *aggiornamento*, referido a la vida de la Iglesia. Y lo explicaba a continuación del siguiente modo: «Un marido, un soldado, un administrador es siempre tanto mejor marido, tanto mejor soldado, tanto mejor administrador, cuanto más fielmente sabe hacer frente en cada momento, ante cada nueva circunstancia de su vida, a los firmes compromisos de amor y de justicia que adquirió un día». La misma idea es luego por él aplicada a la vida de las instituciones: y así sucede —añade— «singularísimamente en la vida de la Iglesia, que obedece no a un precario proyecto del hombre, sino a un designio de Dios. La Redención, la salvación del mundo, es obra de la amorosa y filial fidelidad de Jesucristo —y de nosotros con El— a la voluntad del Padre celestial que le envió. Por eso, el *aggiornamento* de la Iglesia —ahora, como en cualquier otra época— es fundamentalmente eso: una reafirmación gozosa de la fidelidad del Pueblo de Dios a la misión recibida, al Evangelio.»⁸⁴

La enseñanza del Fundador del Opus Dei —así como el ejemplo de su vida—, gravita profundamente en todos los socios, que se saben hijos de un padre que Dios constituyó para ellos en maestro y estímulo para la vida de cada uno. Ser fiel significa luchar sin des-

83. ALVARO DEL PORTILLO, *Entrevista* en «La Libre Belgique», ctd.

84. *Conversaciones...*, ob. y ed. ctds., n. 1.

mayos por alcanzar la santidad personal. El Opus Dei se realizará en la medida que cada uno de sus socios viva esa fidelidad. Esta es la garantía de permanecer en el espíritu querido por Dios para la santificación personal y la de las realidades temporales. Esta es la prueba de que se sigue fiel a ese espíritu.

El actual Presidente General del Opus Dei lo ha expresado, al responder a un periodista, que le preguntaba sobre los medios con que ha contado la Obra para alcanzar la plenitud de que goza hoy. Contesta: «Deseo aclarar que la plenitud del Opus Dei es algo muy distinto de la extensión de sus apostolados. Cada vez que un alma, al acercarse al Opus Dei, se convierte interiormente, encuentra a Dios y lucha para amarlo más, el Opus Dei *alcanza su plenitud*, porque está viviendo el *servicio* para el que Dios lo ha promovido.»⁸⁵

Al cumplirse, en este 2 de Octubre de 1978, los cincuenta años del Opus Dei, hemos de elevar a Dios el corazón en agradecimiento, pues son incontables los beneficios de El recibidos en tan poco —y en tan largo— tiempo. A la vez, con la humildad del siervo pobre e inútil que sabe que su tarea es sólo trabajar sin descanso (Lc 17, 10), y que nada le pertenece, este mismo corazón ha de mostrarse suplicante a Dios para que la necesaria fidelidad, garantía de la permanente juventud de la Obra, nunca falte, sino que, al contrario, se acreciente y perfeccione.

Desde esta joven —y ya vieja por sus realizaciones— Universidad de Navarra, la Facultad de Derecho Canónico y, desde ella, la Revista *Ius Canonicum*, han de mostrar necesariamente un gozoso sentimiento de solidaridad con toda la Obra por el motivo jubilar de sus Bodas de Oro. Aquí también, en el recinto del quehacer universitario, sentimos, al colaborar en *Ius Canonicum*, participar de esa perenne juventud que proporciona la fidelidad al espíritu del también Fundador de nuestra Universidad, identificados a su vez con las siguientes palabras escritas por su Rector: «quien hoy es Presidente General del Opus Dei y Gran Canciller de la Universidad, que vivió muy cerca junto al Fundador los comienzos y el desarrollo de esta tarea, representa en la tierra la más fiel continuidad de su mente y de su corazón, sigue nuestros pasos con sumo interés y solicitud y nos anima en todo momento para que la Universidad siempre siga *siendo un maravilloso instrumento al servicio de las almas y de la sociedad.*»⁸⁶.

85. ALVARO DEL PORTILLO, *Entrevista* en «Deutsche Tagespost», 10.X.1978. Los subrayados responden al texto original.

86. FRANCISCO PONZ, *Querer de Dios al servicio de los hombres*, Revista

Cuando Mons. Escrivá de Balaguer contemplaba la dilatada expansión de la Obra, extendida por los cinco continentes, manifestaba: «Al pensar en ese hecho, yo mismo me sorprendo. No le encuentro explicación humana alguna, sino la voluntad de Dios, pues el *Espíritu sopla donde quiere*, y se sirve de quien quiere para realizar la santificación de los hombres. Todo eso es para mí ocasión de acción de gracias, de humildad, y de petición a Dios para saber siempre servirle.»⁸⁷ Permanecer fiel a este espíritu es la garantía que asegura la continuidad de lo que surgió y se ha desarrollado mediante impulso tan poderoso.

Con la ayuda de Dios y con decidido esfuerzo, con júbilo, se dispone el Opus Dei a proseguir el camino, ya recorrido en parte en estos cincuenta años de vida, haciendo suyo aquel convencimiento que Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer poseía y enseñó con magistral y constante empeño a los hombres: «salvarán a este mundo nuestro de hoy, no los que pretenden narcotizar la vida del espíritu y reducirlo todo a cuestiones económicas o de bienestar material, sino los que saben que la norma moral está en función del destino eterno del hombre: los que tienen fe en Dios y arrastran generosamente las exigencias de esa fe, difundiendo en quienes les rodean un sentido trascendente de nuestra vida en la tierra.»⁸⁸

«Nuestro Tiempo», n.º 293 (Noviembre 1978), p. 14. Las palabras subrayadas tienen la siguiente referencia en nota a pie de página: «ALVARO DEL PORTILLO, carta 21.X.1977».

87. *Conversaciones...*, ob. y ed. ctds., n. 31.

88. *Ibidem*, n. 95.